



La modesta y épica odisea de Salas Subirat

Ramón Castillo

e

EL 12 DE FEBRERO DE 1955, SALVADOR ELIZONDO —de veintitrés años de edad— escribe en su diario que acaba de retomar la lectura de *Ulises*. Asegura que lejos de las dificultades que experimentó en su intento previo, ahora le ha “resultado apasionante hasta la locura”; días después, consigna en las mismas páginas que terminó la novela. Su emoción, mezclada con proyectos e ideas diversos, es absoluta. No duda en escribir, con lúcida precocidad, que aquel volumen “es la más grande lección de literatura de muchos siglos para acá”.

Un año después, lee el libro por segunda ocasión y sus impresiones, más allá de sólo confirmar la fuerza del primer encuentro, descubren nuevos y poderosos asombros, hacen del hechizo un fértil arrebató. El entusiasmo que proferiría por la novela de James Joyce fue una constante a lo largo de su vida y varias veces regresaría a ella como un fiel devoto que vuelve a los lugares sagrados a fin de renovar y hacer patente su entrega. A Elizondo se debe un puñado de valiosas reflexiones en torno a la obra *joyceana* y *La primera página del Finnegans Wake*, una traducción que incluye siete páginas de acotaciones para facilitar el paseo por apenas tres arduos párrafos.

Tal afán recuerda al que realizó Jorge Luis Borges treinta años antes que Elizondo, al verter al español la última página del *Ulises*, es decir, un fragmento del monólogo de Molly Bloom, aquel maravilloso fluir verbal que culmina en una gozosa, rotunda afirmación. Como nota introductoria, Borges esbozó en breves pero luminosas líneas algunos de los novedosos derroteros con los que el escritor irlandés construyó el edificio narrativo que, desde la publicación de aquel *opus magnum*, ha dejado atónitos a sus lectores. En el preámbulo descrito, asegura ser “el primer aventurero hispánico que ha arribado al libro de Joyce”, sin embargo, del otro lado del mundo, dos meses antes, Antonio Marichalar había publicado en la *Revista de Occidente* un ensayo que exploraba el monumental suceso literario.

Así pues, la primicia en la que se regodeaba Borges no era tal, no obstante, al margen de saber a quién pertenece el galardón de vislumbrar por vez primera el nuevo continente literario, llama la atención que tuvieran que pasar más de dos décadas para que se concretara una versión en nuestro idioma, habiendo expedicionarios no sólo curiosos, sino también diestros en tales faenas. Más aún, es notable que el artífice de la proeza careciera de doctas credenciales y, en su lugar, tuviera un arrojó inusitado, acaso ingenuo, que lo llevaría a conquistar el deslumbrante título de ser el primer traductor del *Ulises* de James Joyce al español.

José Salas Subirat fue una personalidad, en muchos sentidos, inaudita. Nacido en 1900, este hombre creció en un barrio popular de Buenos Aires; a temprana edad tuvo que dejar la escuela, aunque mantuvo viva la inquietud de marcar un tempo

singular en su destino, gracias a lo cual pudo concluir la primaria hasta los 23 años. Lucas Petersen apunta en su biografía que en Salas confluyen inquietudes diversas, búsquedas cuya disparidad ahonda el perfil humano de su figura, haciéndolo tanto más creíble y fascinante en cuanto se constata lo prodigioso de sus andanzas.

Entre su currículum se cuentan algunas novelas cuya valía literaria es dudosa, libros de autoayuda, habilidades de conferencista sobre variados temas, ser gurú en el ramo de la venta de seguros, montar una fábrica de juguetes y trabajar como maestro de taquigrafía e idiomas, tan sólo por mencionar algunos de sus escarceos. Este cúmulo de vaivenes, en apariencia azaroso aventura su biógrafo, obedece no a un capricho, sino a una verdadera tentativa vital, un camino en el que la gigantesca novela *joyceana* fungiría en tanto cima de un empecinamiento por autodefinirse, una vía para hacer énfasis en la idea del *self made men*.

Son dos las versiones, no necesariamente contrapuestas, sobre el cómo llegó Salas Subirat a la labor que le ha regalado una modesta, muchas veces vapuleada, pero sin duda, merecida posteridad. Según sus propias palabras, el motivo auténtico se halla en un deseo por hacer comprensible algo que representaba un reto a sus capacidades. En el reconocimiento de sus límites y el deseo de superarlos encontró la motivación para acercarse a aquella novela. De ahí que escriba: “traducir es el modo más atento de leer, y en realidad el deseo de leer atentamente es el responsable de la presente versión”. De este modo, la curiosidad y avidez por continuar ampliando su panorama intelectual fungieron como un impulso. La otra versión sugiere que fue Santiago Rueda, dueño de la casa editorial donde aparecería la traducción en 1945, quien le ofreció a Salas Subirat el trabajo a fin de alimentar el catálogo de su empresa con títulos relevantes de las letras contemporáneas. Y qué mejor ejemplar que la revulsiva crónica del *Bloomsday*.

Al parecer, y en esto sigo a Petersen, una mezcla de ambas historias parece ser la ruta más verosímil sobre el origen de aquella aventura. Como fuera, el punto es que la tarea le demandó cinco años de trabajo a Salas Subirat, periodo en el que siguió trabajando en la

compañía de seguros La Continental, robándole tiempo a la oficina y dedicando abundantes horas a un ejercicio que ni siquiera fue remunerado. Cuando por fin apareció el voluminoso libro, la respuesta fue notoria por su variedad. Si bien fue recibida con alborozo por ciertos sectores, algunos más fueron en extremo escépticos del resultado. A principios de 1946 apareció en *Los Anales de Buenos Aires*, revista editada por Borges, un texto crítico al respecto. Las palabras que dedica el autor de *El Aleph* son, fiel a su costumbre, de una sutileza tan afilada que arponea sin ser grosero, puntualiza con maliciosa cordialidad y zanja sin elevar el tono.

Con todo, esta versión del *Ulises* fue, por muchos años, la única disponible para los lectores hispanohablantes, por ello es preciso reconocer la deuda que varias generaciones tienen con este atrevimiento literario. Actualmente contamos con tres más, la de José María Valverde, la de Francisco García Tortosa al alimón con Luisa Venegas y, la más reciente, de Marcelo Zabaloy. La pregunta obligada sería, ¿por qué vale la pena volver la mirada a esa primera tentativa? Sin duda, el motivo no es porque sea mejor que las posteriores, entendiendo que sería desproporcionado asegurar la primacía de alguna sobre otra, más aún cuando se habla de un texto tan polisémico y complejo como el libro en cuestión. La brújula apunta hacia otro rumbo.

El logro de Salas Subirat puede leerse en dos claves. Una de ellas es el haber emprendido una tarea juzgada de “muy ardua, casi imposible”—palabras de Borges—; pero más que eso, fue la tenacidad de no dejarse amilanar por las dimensiones de tal osadía. Las soluciones que asumió desde su papel de traductor pueden ser desaparejas, ora luminosas o extraviadas, a veces inexplicables o felices, pero el empuje de abrazar la faena destaca por no temer ante el fantasma del error o, mejor dicho, al reconocerlo en su calidad de parte consustancial de todo esfuerzo creativo.

La nimia posición de José Salas Subirat en la jerarquía literaria e intelectual, aunado al empecinamiento ante el reto, lo vuelven un ser todavía más comprensible, entrañable y humano, un individuo cuya medianía en lugar de detenerlo parece motivarlo con mayor

fuerza. Un héroe cotidiano hecho del mismo principio que los personajes *joyceanos*. Insensata pero a un tiempo heroica acción, la suya merece reconocimiento no sólo por los aciertos que puede encerrar su diligencia, sino porque osa traspasar los límites literarios que Escila y Caribdis plantean como infranqueables. Tras su peripecia, llega a un puerto nada desdeñable, aunque de evidentes flaquezas pero, a la manera del propio Odiseo, lo importante es reconocer la primacía del viaje, pues en ese discurrir se fragua la grandeza.

Este hombre encarna una travesía impar, experimentada desde el punto de vista de alguien ubicado por debajo de las exigencias que su propia decisión implica. Le es dado vislumbrar y comprender lo que Enda Duffy señala con tanta precisión, que la obra de James Joyce puede ser difícil, si y sólo si, se acepta que lo es en el mismo sentido que la vida es complicada y que, de igual manera, ciertamente vale la pena experimentar tal dificultad con el propósito de disfrutar ambas.

En el arrojo que presume, Salas Subirat muestra un lado eminentemente activo, propositivo y, por qué no, hasta juguetón que lo emparenta —salvadas con justicia las distancias— con el mismo autor que traduce. Conforme se adentra en la espesa jungla verbal del escritor irlandés descubre nuevos juegos y guiños —algunos otros, más de los deseados, escapan a su vista dado el amplísimo registro referencial con el que Joyce se divierte— pero no se intimida, por el contrario, parece animarse poco a poco a capturar y dar vida en español a los abundantes matices que se muestran ante él.

Tras la muerte de Joyce, el crítico literario Cyril Connolly recordaba que éste “en teoría era un adulto; en la práctica, no” para enfatizar el humor que atraviesa por entero las más de setecientas páginas de *Ulises*. De ahí que la lectura sea por completo sensual, terrena, muchas veces incómoda aunque sumamente divertida por la proximidad con la fisiología pero, en mayor grado, un texto que pese a su densidad se asoma de manera directa a los estratos más auténticos y cercanos de la existencia.

Quizá por eso se necesitara de un temperamento menos etéreo y más tangible, uno con mayor proclividad a emprender delirantes empeños que meditadas disquisiciones, un carácter que no fuera ajeno al punto de vista del individuo común y corriente para entablar una primera traslación de esa “nueva y desconocida belleza” que describe Edmund Wilson al glosar la obra del novelista dublinés.

Después de su célebre traducción de 1945, Salas Subirat preparó una versión revisada en la que incluía correcciones varias, algunas tentativas de mayor riesgo y giros distintos; sin embargo, al parecer, este trabajo quedó trunco. Aunque apareció en 1952, varios de sus apuntes sugieren la naturaleza incompleta de la intervención. Detrás de ese abandono hubo otros asuntos que demandaron su energía, una de sus hijas enfermó de gravedad y, posteriormente, se consagraría a publicar textos como *La lucha por el éxito*, *Elementos para la historia del seguro de vida*, *La guía del luchador*, y *El secreto de la concentración*, por citar algunos. Ese giro hacia la autoayuda es un tramo que, una vez más, torna más llamativa y enigmática a su persona. Después de emprender una épica legendaria, por completo extravagante, José Salas Subirat se retiró con paso tranquilo hacia el gris territorio de lo ordinario.

En uno de los últimos textos que dedicó a James Joyce, este porteño escribió: “se trataría de poner al descubierto, con datos intrascendentes de puro verdaderos, sin salirse de lo cotidiano, sin echar mano de simbolismos, imágenes, metáforas o paradojas elaboradas, sin patetismos ni recursos preceptivos dudosos, al hombre entero que se da en cada uno de nosotros —estructura cabal—, intrascendente, intelectual, sentimental, erótico, escéptico, contemplativo, cínico, apasionado, abúlico, razonable, disparatado, impulsivo, ingenuo, calculador, indiferente, angustiado, cerebral, insensible y emotivo. [...] en síntesis: un hombre”.

Se trata de reconocer la oscura maravilla que aguarda en la odisea particular de cada ser humano, ya sea Leopold Bloom, Stephen Dedalus o, quizá, el propio Salas Subirat. 